

# Autoetnografía con perspectiva de género. Una forma narrativa de producción de conocimiento desde las masculinidades no hegemónicas

Autoethnography with a gender perspective.  
A narrative form of knowledge production from non-hegemonic masculinities

JORGE LUIS CRUZ HERNÁNDEZ

## Jorge Luis Cruz Hernández.

Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 151, Toluca, México. Es Doctor en Pedagogía Crítica por el Instituto de Pedagogía Crítica. Estudiante del posdoctorado en Metodologías de la Investigación Crítica en el Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina. Participa en un equipo de investigación con temas relacionados a la investigación narrativa, la autoetnografía y la perspectiva de género. Integrante de la Red Latinoamericana de Estudios sobre la Violencia. Diseñador de un diplomado internacional sobre decolonialidad y violencia en América Latina. Ha participado como ponente en congresos nacionales e internacionales y ha publicado sobre autoetnografía y pedagogía crítica en dichos eventos. Correo electrónico: jorge.cruz@seiem.edu.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9126-6928>.

## Resumen

El posicionamiento epistemológico de la autoetnografía como método de investigación posmoderno y constructivista implica que el sujeto visibilice la opresión corporeizada de su realidad y al mismo tiempo critique las formas hegemónicas de producción de conocimiento masculino. De ahí que este ensayo crítico emerja desde la perspectiva de género para dar a conocer las implicaciones ético-políticas de la autoetnografía como generadora de conocimiento situado, parcial e histórico. Visibilizar a los sujetos que escriben e investigan sus propias experiencias vitales es una forma de romper con la lógica patriarcal, pues esto supone la apertura del sujeto cultural implicado en el proceso de conocer la realidad. El objetivo de este trabajo es demostrar cómo la generación de conocimiento, desde la autoetnografía, implica romper con las normas legitimadas de objetividad, neutralidad y racionalidad occidentales; asimismo dar a conocer que las prácticas de hacer ciencia legítima se relacionan con las prácticas sociales de producción de hombres masculinos. Por lo tanto, la perspectiva de género es una apuesta que reconoce que la subjetividad masculina hegemónica se puede deconstruir, y que la autoetnografía posibilita las bases epistemológicas y metodológicas para la producción de masculinidades alternativas en acto. Al hacer un ejercicio retrospectivo del yo se comprende que, desde la modernidad, se instalan criterios de verdad para hacer ciencia y criterios de producción para los sujetos masculinos. Se concluye que el quehacer de la autoetnografía contribuye a que la perspectiva de género reconozca que el varón masculino no hegemónico también puede producir conocimiento subversivo.

*Palabras clave:* Conocimiento, hegemonía, masculinidad, narrativa, perspectiva de género.

## Abstract

The epistemological positioning of autoethnography as a postmodern and constructivist research method implies that the subject makes visible the embodied oppression of his reality and at the same time criticizes the hegemonic forms of masculine knowledge production. Hence, this critical essay emerges from a gender perspective to reveal the ethical-political

implications of autoethnography as a generator of situated, partial and historical knowledge. Making visible the subjects who write and investigate their own life experiences is a way of breaking with patriarchal logic, since this supposes the opening of the cultural subject involved in the process of knowing reality. The objective of this work is to demonstrate how the generation of knowledge, from autoethnography, implies breaking with the legitimized norms of Western objectivity, neutrality, and rationality; likewise, making known that those practices of doing legitimate science are related to the social practices of production of masculine male. Therefore, the gender perspective is a bet that recognizes that hegemonic masculine subjectivity can be deconstructed, and that autoethnography enables the epistemological and methodological foundations for the production of alternative masculinities in action. By doing a retrospective exercise of the self, it is understood that, since modernity, criteria of truth are installed to do science and criteria of production for male subjects. It is concluded that the task of autoethnography contributes to the gender perspective recognizing that the non-hegemonic masculine male can also produce subversive knowledge.

*Keywords:* Knowledge, hegemony, masculinity, narrative, gender perspective.

## LA AUTOETNOGRAFÍA Y LA EMERGENCIA DEL SUJETO INVESTIGADOR(A)

Para hablar de la autoetnografía es necesario visibilizar al autor que se piensa en el mundo y con el mundo corporeizado (Monetti, 2021). En este sentido, el cuerpo como categoría de análisis cobra relevancia para las investigaciones etnográficas performativas. “El cuerpo y la voz son inseparables de la mente y del pensamiento. Los textos autoetnográficos buscan invocar la naturaleza corpórea, sensorial y política de la experiencia” (Holman, 2015, p. 269). Desde este argumento se comienza a tejer los lazos que unen a este tipo de investigación con el pensamiento feminista, al proponer que lo personal es político (Varela, 2021). Esto es una premisa fundamental para la investigación autoetnográfica, ya que emerge el sujeto investigador desde la complejidad de su experiencia cultural, cognitiva, emocional, afectiva e histórica atravesada por las relaciones socioculturales dominantes; muchas de estas tensionadas por el poder.

Por ello, en este escrito me descubro como un sujeto interpelado, desde la totalidad de mi experiencia corporal, por las formas canónicas de hacer investigación y por la apuesta de la perspectiva de género en su implicación política por deconstruir a los sujetos normalizados por las relaciones socioculturales (Lamas, 2013). Este argumento permite incluirme dentro de estas reflexiones que son a su vez producto del proceso de escritura y de las experiencias cotidianas vividas en un equipo de investigación que indaga la formación de las masculinidades y feminidades dentro de las instituciones. Así, la autoetnografía, en su máxima de situar al sujeto que investiga en los terrenos íntimos de su construcción corporal, me da la posibilidad de resignificar aquello que ha sido dado por natural y, en consecuencia, construir nuevas rutas de realidad.

Con la narrativa autoetnográfica “quien investiga, se observa para entender por qué prioriza la mirada sobre ciertas cuestiones, mientras permite que otras permanezcan en las sombras” (Guasch, 2019, p. 9). ¿Por qué pienso lo que pienso cuando estoy pensando? Es una pregunta de corte ontológico y epistemológico que me obliga a estudiar la construcción social de la realidad (Berger y Luckmann, 2019) desde el posicionamiento político de lo privado, pues permite develar el repertorio cultural (Elster, 2002) que he construido para nombrar el mundo, la realidad y sus interacciones. En este caso, por qué y cómo me pienso varón masculino es una pregunta que ha articulado el trayecto vital de mi experiencia. Al realizar un análisis introspectivo, me doy cuenta de que dichos repertorios culturales se tensionan entre la cultura patriarcal, en su contexto más amplio, y las prácticas educativas de mi vida privada. La autoetnografía me ha dado los elementos para incorporarme como objeto de estudio dentro de un contexto complejo y asimétrico.

No obstante, si hago una retrospectiva, el tema de las masculinidades emergentes ha estado presente desde que yo era un niño, sobre todo en la contradicción de mi experiencia respecto al cumplimiento de los mandatos de género, pues las cuestiones culturales propias del patriarcado afectaron la forma de percibir mi masculinidad. Además, la experiencia de haber construido mi tesis de doctorado con una metodología subversiva (Aguirre, 2019) implicó que yo cuestionara el lugar que ocupaba como investigador, intelectual, profesional, padre/esposo y hombre masculino. Este último rol identitario me ha llevado a buscar las razones por las cuales un hombre puede y debe escribir autoetnografía como una forma de producir sujetos no hegemónicos. Es aquí donde sitúo la relevancia de la perspectiva de género, pues es a través de sus discursos que comprendo la relación entre masculinidad hegemónica y la forma canónica de producir conocimiento científico.

Por lo tanto, investigar con autoetnografías es concebir la producción de conocimiento desde otra posición epistemológica, del que el investigador o investigadora se convierte en objeto de estudio para comprender y transformar su realidad (Blanco, 2012; Denzin, 2013; Chang, 2008). Con la apuesta política de las epistemologías del sur se aprende que “las formas de producir conocimiento son plurales y que la existencia de un modelo científico hegemónico no implica que esa sea la única manera de crear conocimiento” (Guasch, 2019, p. 8). De esta manera el *self*, la cultura y la narración se convierten en herramientas fundamentales para la producción de conocimiento capaz de subvertir la red de significados dominantes. Por lo tanto, el sujeto narra la experiencia, atravesado por los códigos culturales y sociales asimilados durante sus procesos educativos, para comprender y dar sentido a su mundo.

Incluir al sujeto y su subjetividad, al cuerpo y sus emociones, es una apuesta no solo de la epistemología feminista, sino de la investigación autoetnográfica. De entrada, la inclusión del sujeto en tanto creencias, deseos, expectativas, contradicciones, emociones y afectaciones, aquello llamado subjetividad (Torres, 2019; Lagarde, 2021), es una condición inherente a la investigación de carácter introspectivo. La noción de

cuerpo y su relación con la subjetividad y la cognición ha permitido comprender al sujeto en sus complejidades culturales. De esta manera la noción de cultura cobra relevancia pues “tiene que ver con creencias y prácticas concretas que se asumen con distintos grados de consenso, aceptación, reconocimiento y compromiso” (Rodríguez, 2008, p. 146). De ahí que la apuesta de la autoetnografía sea realizar una descripción densa de la cultura para develar el significado, los discursos y valores que cada investigador o investigadora ha construido para entender el mundo y, sobre todo, para transformarlo.

Para construir nuevas posibilidades de realidad, la autoetnografía recurre a la narración como aquella que permite la producción de conocimientos y, como tal, el entendimiento de la realidad sociocultural (Chase, 2015, Richardson y Adams, 2019). Dichas realidades construidas desde la narración tienen un carácter científico porque se pueden verificar por la capacidad de evocar experiencias *otras* en los sujetos lectores (Bruner, 2015; Ellis et al., 2019). Este conocimiento puede generalizarse en el sentido de recuperar la experiencia como una forma de habitar en lo social y cultural compartido por los otros sujetos (Monetti, 2021). De ahí que el foco principal de la autoetnografía sea el mismo sujeto que se investiga en su relación con la cultura para comprender su lugar en el mundo (Bénard, 2018).

De tal suerte que la narración, vinculada con la escritura, “es un modo de pensar, una estructura para organizar nuestra consciencia y un vínculo en el proceso de la educación y, en particular, de la educación científica” (Bruner, 2003, p. 132). De esta manera, narrar la experiencia es dar significado al mundo y a la vida. Por lo tanto, “los textos autoetnográficos señalan el poder de la narrativa para relevar y examinar ese mundo” (Holman, 2015, p. 270). En este caso, la escritura y sus formas narrativas de examinar la experiencia de la y el investigador posibilita la entrada a la imaginación, transgrede lo banal para convertirlo en epifánico, promueve mundos posibles y proyectos de vida realizables (Siciliani, 2014). En consecuencia, permite el análisis de la vida cultural para promover prácticas y sentidos que hagan de la vida un lugar mejor.

En este sentido, la autoetnografía, en su capacidad de evocar tanto al investigador como al lector, logra vincular la experiencia cultural, es decir, la vida misma del sujeto en tanto reproductor y constructor de subjetividades (Zemelman, 1992). Así, las creencias, concepciones, significados y afectaciones del investigador tienen una carga cognitiva y sentimental muy potente que impacta en el momento mismo del ordenamiento de la realidad (Torres, 2019). Si la autoetnografía genera conocimiento desde el momento de escribir/narrar sobre la experiencia (Richardson y Adams, 2019), quiere decir que el investigador se deviene sujeto en el mismo acto de situarse en el mundo de la vida. El yo del investigador se pone en escena y con ello gran parte de su carga emotiva experiencial se dispone a ser analizada y sistematizada. Por lo tanto, hacer autoetnografía es contribuir a la desnaturalización del sujeto masculino hegemónico, ya que lo obliga a dar cuenta de su construcción cultural humana.

De lo anterior, con la autoetnografía emerge otro tipo de sujeto capaz de situar su experiencia en el plano de lo personal, emocional, social, cultural e histórico. La biografía, interceptada por los factores sociales, permite el acceso privilegiado a las clases subalternas (Mills, 2005; Iniesta y Feixa, 2006). A mi modo de ver, las masculinidades no hegemónicas se ubican dentro de un grupo social marginado que poco cuenta y sistematiza sobre su realidad oprimida. En este caso, “las experiencias de los propios hombres y sus saberes sobre su experiencia como tales, o sobre su socialización como sujetos genéricos, son muchas veces excluidas por ser consideradas subjetivas, así como no masculinas” (Núñez, 2004, p. 30). De ahí que la ciencia legítima, al tiempo en que contribuye a la construcción de masculinidades hegemónicas, excluye a un grupo subalterno masculino que intenta narrar sus propias contradicciones de la realidad concreta.

Ver el mundo desde la experiencia de los oprimidos es ver cómo las relaciones de poder siguen operando en la realidad concreta. Así, con la autoetnografía se pueden develar las marcas de la opresión afectadas por los sujetos que investigan sobre sus propias vidas y las relaciones estructurales de las que forman parte. “Nunca una historia de una experiencia personal será un producto individual ya que este se deriva de un grupo cultural ideológico y de un contexto histórico” (Denzin, 2015, p. 55). Investigar la experiencia individual y ponerla en contexto ya es un acto revolucionario pues supone la emergencia del sujeto cultural implicado en el acto de conocer. Que un sujeto masculino describa y comprenda su mundo (cultural, familiar y afectivo) desde la investigación, es un acto no canónico (Bruner, 2015) que permite la entrada a otros significados de género y a la construcción de mundos posibles; al inédito viable (Freire, 1992).

Dentro de este recorrido, entre experiencias y reflexiones, doy cuenta de la relevancia de esta forma de investigación que ayuda, como ejercicio terapéutico (Blanco, 2010), a desprenderse de las formas canónicas de investigación y a las ataduras de ciertos mandatos de género. Sobre todo cuando la producción de masculinidades en un entorno capitalista y neoliberal refuerza la característica objetiva y racional del varón masculino hegemónico (Olavarría, 2020). Este ejercicio de escritura es una muestra de cómo yo intento deconstruirme hacia una forma diferente de relacionarme con mi entorno sociocultural con el único fin de construir lo educativo en un proyecto alternativo situado (Gómez, 2016) que impacte en mi vida personal, sobre todo con mi esposa y mis dos hijos varones.

### EL ACONTECIMIENTO EPIFÁNICO: ¿SOY SUFICIENTEMENTE HOMBRE?

Un día anterior al examen de grado me dediqué a repasar sobre los fundamentos metodológicos de la autoetnografía. En mi interior, sentía que todavía no lograba consolidar la característica de esta forma de investigación. Ya había hecho autoetnografía, en toda la tesis de doctorado di muestra de ello, pero aun así la sentía escurridiza,

poco accesible para su explicación. En consecuencia, me dediqué a estudiar lo más que pude para responder a todo tipo de cuestionamiento relacionado con la metodología. Construí una tabla con la finalidad de recuperar los aportes de sus máximos exponentes y estar preparado para la hora específica. Posicioné el cursor en la hoja en blanco y escribí: “Las autoetnografías son altamente personalizadas, textos reveladores en los cuales los autores cuentan relatos sobre su propia experiencia vivida, relacionando lo personal con lo cultural” (Blanco, 2010, p. 29). Después de escribir el punto y final abrí un nuevo renglón: “La autoetnografía es un enfoque de investigación etnográfico que busca describir y analizar sistemáticamente la experiencia personal, con el objetivo de comprender la experiencia cultural” (Ellis et al., 2019, p. 18).

Casi todas las definiciones sobre autoetnografía situaban la historia personal del investigador como foco central para el análisis sistemático; de la misma manera, la cultura como el locus de enunciación que visibiliza el significado y la red de sentido que el sujeto otorga a su realidad construida, y la escritura, en primera persona, como el recurso principal para la generación de conocimiento (Richardson y Adams, 2019). Sin embargo, caí en cuenta de algo en que no había reparado: que la autoetnografía construye nuevas realidades a partir de la reconstrucción del pasado y de las potencialidades del presente (Denzin, 2017). Esto último me permitió reflexionar que no solo es cuestión de investigar la historia personal inserta en la cultura, sino de transformar la visión que se tiene del mundo, aun cuando la experiencia ya haya pasado. En este caso, pasado y presente se conjugan dialécticamente, y es a través de la voz (recuperada) del sujeto cuando inicia la resignificación personal.

Otro de los elementos que me ayudaron a comprender la naturaleza científica de la autoetnografía (pues era un problema que no podía entender con claridad) fue superar la noción canónica de conocimiento, pues “hay variables de tipo personal que condicionan el acto de conocer. Se conoce desde el lugar que se ocupa en la estructura social. Clase, edad, género, raza, orientación sexual y nación son (entre otras) variables que limitan la mirada” (Guasch, 2019, p. 8). Esta explicación daba elementos para incluir relatos de mi experiencia desde el lugar de mi experiencia; desde el estar aquí. Así que las explicaciones sobre la cultura cobraban mucha relevancia, pues el género o la raza, por ejemplo, estaban condicionados por los significados construidos por una comunidad; de tal manera que los alcances de la investigación son los límites culturales del sujeto investigador. De la misma manera, la noción política de la autoetnografía permitía comprobar su importancia metodológica para la pedagogía crítica. Por lo tanto, uno de los desafíos de los autoetnógrafos es “transformar la rabia en una acción política progresista, en una teoría y en un método que vincule la política, la pedagogía y la ética con un accionar en el mundo” (Denzin y Lincoln, 2002, citados en Holman, 2015, p. 269).

En el examen de grado me sentía otra persona. Sabía que yo tenía los elementos teóricos y metodológicos para dar cuenta de mi incorporación como objeto de estudio. Había visibilizado mi situación vulnerable ante un contexto que discrimina a

las personas de piel morena. La categoría de raza estaba presente no desde la teoría, sino desde la experiencia de haber vivido con ella. Sin embargo, una última pregunta caló mi subjetividad e interpeló todo ese cuerpo de creencias e ideologías que yo había construido sobre mí mismo. ¿No se suponía que había logrado comprenderme, desde la escritura autoetnográfica? Sentí mis manos húmedas, las palpitations de mi corazón aceleraban mi cuerpo; me sentía descubierto; atrincherado y derrotado por no tapar la contradicción de mi vida como varón masculino. Los ojos del sinodal atravesaron la pantalla de la computadora y llegaron directamente a la yugular de un cuello herido de por sí. Un cuello y un corazón heridos por la lucha interminable de no cumplir con los mandatos del modelo imagen de la masculinidad hegemónica.

“¿Por qué un hombre escribe autoetnografía?”, preguntó por segunda vez el sinodal, “es muy raro que un hombre escriba autoetnografía, al menos aquí en México”, dijo, presionando con mayor fuerza su afilada mirada. Nuevos recuerdos y experiencias brotaron de mi memoria: deseos de autoridad, control personal y matrimonial, protección y seguridad económica en el hogar. La lucha de una vida por demostrar mi masculinidad había quedado resumida en aquella pregunta. Aquella voz remató y al mismo tiempo acabó conmigo. No supe qué decir ni qué expresión dibujar. Solamente una pregunta incómoda laceraba mi mente. “¿A menos que ese hombre no esté completo?”, me pregunté a mí mismo. Me sentí rechazado por la pedagogía crítica, pues construí la imagen de un hombre capaz de vencer a sus emociones, afectos, marcas de la experiencia, y ubicarse exclusivamente en su razón para dar cuenta de las relaciones de poder que operan allá afuera.

Esta experiencia me ubicó en la escala más ínfima de mi subjetividad. No supe definir por qué me sentí tan minúsculo, avergonzado, descubierto; poco hombre. ¿Habría sido el método o la experiencia de luchar todo el tiempo con la contradicción masculina? ¿Qué quería de mí la autoetnografía, si ya le había dado bastante? Sin embargo, poco sabía que dicha pregunta formulada por el sinodal abría nuevas puertas de entrada al estudio de mi construcción cultural como sujeto masculino. Para salvarme de la situación, cité a mi asesora de tesis cuando decía que para hacer autoetnografía era necesario poner *entre paréntesis* el marco teórico. Hoy en día comprendo que había que suspender, incluso, mi propio género.

#### PERSPECTIVA DE GÉNERO, MASCULINIDADES Y PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO

Después de mucho tiempo aquella pregunta, generada por el sinodal, seguía tras-tocándome. Continué trabajando e indagando sobre otros temas relacionados con el poder y la dominación. Me alejé de la autoetnografía, pues consideraba que con ella no podía demostrar mi masculinidad como yo quería. Aquella experiencia del examen de grado no podía repetirse; por ello decidí leer libros metodológicos que daban cuenta de una forma de investigación cualitativa mucho más apegada a los principios occidentales de objetividad y neutralidad, sobre todo al momento de ana-

lizar los resultados. Quise convertirme en un investigador completo con rostro de varón; aquel que sabe manipular sus emociones y utiliza la razón para la construcción de conocimiento.

Sin embargo, una conferencia magistral contribuyó a dar un giro inevitable a mi decisión metodológica: las nuevas masculinidades. Esta experiencia, que documenté en un trabajo autoetnográfico (Cruz, 2021), permitió la entrada a los estudios del género, y en específico a las nuevas masculinidades. Cuando escuché una voz inquebrantable decir que se puede ser hombre de muchas maneras, sentí que un nuevo mundo se abría ante mi realidad. Desde ese momento luché contra mí mismo para encontrar respuestas a las varias contradicciones de mi construcción cultural, y me topé con lo siguiente: “Hay hombres que no fuimos perfectamente socializados en las ideologías de género y sexuales dominantes, en virtud de lo cual y bajo determinadas circunstancias sociales e históricas hemos sido capaces de atisbar en el carácter contradictorio de la identidad masculina” (Núñez, 2004, p. 30). Y, automáticamente, me ubiqué en ese tipo de hombres que incumplen con la norma hegemónica del modelo-imagen.

Continué leyendo hasta toparme con una idea que fue pieza clave para profundizar en la naturaleza epistemológica de la autoetnografía y en el argumento principal de investigar la experiencia masculina no hegemónica: “Los hombres pueden ser excluidos del conocimiento en la medida en que no se conocen a sí mismos en tanto que sujetos genéricos, cuando no pueden encontrar una relación entre sus malestares, sus problemas sin nombre y su construcción genérica” (Núñez, 2004, p. 30). De pronto la voz del sinodal llegó sin aviso, y con ella una suerte de experiencias relacionadas a esas crisis de identidad masculina que singularmente no eran individuales, sino compartidas por una colectividad de sujetos varones que asimilaron la cultura patriarcal desde la resistencia. ¿En qué medida la producción de conocimiento contribuye a luchar contra la desigualdad de género? La respuesta estaba en la autoetnografía y sus vínculos con el feminismo y en una de sus categorías centrales, el género.

Desde el posicionamiento epistemológico y político del feminismo, descubrí a autores latinoamericanos que dan cuenta de la existencia de un modelo hegemónico de masculinidad. Comencé por comprender que la categoría *género* es una construcción cultural e histórica que demarca mandatos específicos para los hombres y para las mujeres, pero que, al ser una construcción, se puede deconstruir y desnaturalizar (Ramírez, 2006 y Madrid, Valdés y Celedón, 2020). Si bien el género es una categoría analítica para comprender la opresión hacia las mujeres, no se puede estudiar si no es en relación con la masculinidad (De Barbieri, 1993; Muñoz, 2020). Por lo tanto, la masculinidad hegemónica “es la forma de masculinidad más honrada y deseada, asociándose con la fuerza, el éxito, el control, la racionalidad y la heterosexualidad” (Madrid et al., 2020, p. 204). En este caso, la figura de hombre *verdadero* debe alcanzar este ideal canónico para lograr la plenitud (Connell, 2020). Pero en el camino se sufre por no cubrir esos requisitos de *modelo-imagen* impuestos por la sociedad, y que además son imposibles de cumplir totalmente (Marqués, 1997).

Con lo anterior, comprendí que mi lugar no era precisamente el hegemónico, sino que yo había sido construido desde otro lugar, con otros códigos, además había asimilado mi cultura al ser un sujeto activo dentro de la misma. Sin embargo, antes de profundizar en los estudios de género y masculinidades, esos ideales hegemónicos eran la meta que yo debía cumplir en todos los ámbitos personales y profesionales. Yo quería demostrar mi masculinidad (Kimmel, 1997), a pesar de las contradicciones sentidas y ocasionadas por el patriarcado. Me costaba reconocer que no cumplía con todos esos requisitos que se me imponían simbólicamente (Lamas, 2013; Segato, 2003). Solo desde la investigación científica podía asegurar mi estatus masculino, pero aquella pregunta dismantelo toda intención manifiesta porque la forma de hacer ciencia “menosprecia las emociones, o al menos, las considera un recurso de acciones arbitrarias que no merecen confianza, porque no surgen de la razón” (Maturana, 2007, p. 57). Así, fui construyendo lazos entre la ciencia, la autoetnografía y el género.

Con esta revisión sistemática recordé cómo en mi vida profesional, a partir de mi experiencia en el examen de grado, me había empeinado a demostrar mi hombría a partir de la razón. Y la investigación legítima, aceptada por la academia masculina, fue el terreno de cultivo para redimir el fracaso que yo había sentido de mí mismo, pues demandaba ciertos valores que un hombre *pleno* debía cubrir: razón, neutralidad, control y legitimidad (Harding, 1996; Seidler, 2000).

Los parámetros de racionalidad-objetividad-neutralidad del conocimiento científico responden a la construcción de estructuras discursivas y simbólicas que perpetúan la dominación masculina en el quehacer científico y con ello auspician la perpetuación de un modo legitimado de hacer ciencia que, en el fondo, es el modo masculino de pensar el mundo (Pacheco, 2021, p. 37).

Este tipo de críticas a la epistemología occidental permitía que la autoetnografía cobrara otro significado para mí. Entendí que no suprime al sujeto masculino, sino que construye las bases para la desnaturalización de las prácticas hegemónicas corporeizadas. Desde mi lugar no hegemónico, comprendí que la forma de hacer ciencia legítima consolidaba el ideal canónico del hombre en *plenitud* (Zalaquett, 2012) y que perpetuaba la dominación masculina (Mancera-Valencia, 2015). “Victor Seidler (2000) comenta que las definiciones e ideales sociales de la «hombría» coinciden de manera interesante con las concepciones y valoraciones dominantes en la modernidad sobre la objetividad, la razón, las emociones, la naturaleza, el cuerpo, el lenguaje” (Núñez, 2004, p. 29). En este sentido el hombre hegemónico seguía dominando desde la producción de conocimiento, y la modernidad era el contexto histórico que lo soportaba.

También Seidler (2000) demostraba que los hombres hemos aprendido a tener siempre la razón porque las condiciones patriarcales y la producción de conocimiento lo permiten. En un mundo occidentalizado como el nuestro, los sentimientos, las emociones y las creencias no se consideran formas de conocimiento (Descartes, 2016), ni tampoco formas de expresión masculina. “Las ideas sobre los hombres como seres perfectos, a partir de la completud de su cuerpo, llevó a considerarlos

como seres racionales, fuertes, atrevidos, independientes” (Pacheco, 2021, p. 23), y “una consecuencia inmediata es que los humanos machos que no muestran esa regularidad de comportamiento de los hombres se vuelven sospechosos en su naturaleza” (Núñez, 2004, p. 21).

Por lo tanto, la ciencia legítima se ha consolidado a partir de hombres filósofos, astrónomos, químicos y físicos; todos occidentales (García-Sainz, 2002). Es decir, la producción de conocimiento científico tiene rostro de varón. Y uno de los ideales de la masculinidad y de la investigación científica hegemónica es la razón y el borramiento del cuerpo en tanto acumulador de creencias, por su incapacidad de producir conocimiento objetivo. “El cuerpo del hombre es un estorbo que tiene la desventaja de no ser lo suficientemente fiable y riguroso en su percepción de los datos provenientes del entorno, incluso si es considerado como una máquina” (Le Bretón, 2021, p. 91). En este sentido, lo racional no está involucrado con el cuerpo; lo racional no está involucrado con el sentimiento, ni con la situación histórica, ni con los afectos. Ciencia y masculinidad hegemónica están trazadas desde la concepción moderna de conocimiento y sujeto. Estar en contra de los principios modernos es ser blanco de todo cuestionamiento.

Estos criterios científicos se demarcan dentro del contexto de la modernidad occidental. Por lo tanto, modernidad es sinónimo de razón, y ciencia es una forma de razonamiento que produce conocimiento sobre el mundo. Así, las masculinidades hegemónicas se construyen a partir de estas prácticas modernas que aun hoy siguen imperando. Sin embargo, la autoetnografía emerge desde otros discursos narrativos. En tiempos denominados posmodernos (Buenfil, 2000; Lyotard, 2004), cuando se critica a las verdades científicas, la relativización y la reflexividad (Guba y Lincoln, 2012) del conocimiento y del propio sujeto en acción permiten la entrada de los significados como materia prima para conocer el mundo de los individuos. Esto último supone la reivindicación del papel de la cultura como un espacio simbólico que se construye intersubjetivamente. Así, el conocimiento situado, producto de la narración de las experiencias individuales del sujeto, ocupa un lugar especial dentro de las investigaciones posmodernas (Angrosino, 2015). Por lo tanto, el cuerpo, las emociones y la historia “constituyen el punto de partida de la experiencia de estar-en-el-mundo y de articular modos de saber” (Alegre-Agís y Fernández-Garrido, 2019, p. 24).

## CONCLUSIONES

La autoetnografía es uno de los métodos de investigación cualitativa que permite la emergencia del sujeto en tanto constructor de realidad. Dicho sujeto visibiliza las relaciones de poder al contar historias que dan cuenta de su lugar en el mundo. Estas historias, convertidas en experiencias y conocimientos, develan casos poco tratados por la investigación académica, y menos desde el protagonismo del sujeto que investiga. Tales experiencias, muchas de estas en situaciones de vulnerabilidad, como el

racismo, la discriminación y la violencia, permiten descubrir que en regiones extensas como Latinoamérica se viven situaciones similares. Es decir, el común denominador que une a los sujetos latinoamericanos es la violencia en todas sus manifestaciones (Puiggrós, 2004). Por lo tanto, hacer autoetnografía es, en primer lugar, un ejercicio revolucionario que narra, desde la sistematización de la vida, experiencias que pueden potencializar cambios colectivos a la realidad.

También la autoetnografía permite la entrada al sujeto emocional, afectivo, de carne y hueso, construido a partir de las relaciones intersubjetivas y socioculturales. El varón masculino no es un sujeto aparte, también es producto de las afectaciones de un mundo violento, que impone reglas, normas y mandatos imposibles de cubrir. Una de estas imposiciones es la privación de su ser emocional y, como tal, el descuido del sí mismo (Foucault, 1991). Hombres masculinos dejan de ser sujetos al tiempo en que se les impone la regla estricta de no mostrar su lado afectivo (Connell, 2006). Esto contribuye a que muchos hombres cotidianos seamos víctimas de la opresión. Con los estudios del género, comprendo que investigar con el corazón (Denzin, 2017) implica reconocernos como seres humanos sensibles, amorosos, capaces de transformar el mundo desde la acción y desde la visibilización del yo. Más allá del género que se nos impone al nacer, estamos obligados a conquistarnos como sujetos. Y la autoetnografía posibilita la reconexión del cuerpo y la mente con la cultura, la sociedad y la historia.

Por lo tanto, sí es posible generar conocimiento desde la visibilización de la experiencia. Sí es posible construir nuevas formas de ser hombre desde la investigación científica. Uno de los métodos de investigación que contribuye a subvertir el orden de género es la autoetnografía. Al incorporar al sujeto varón a la comprensión y cuidado de sí mismo a través de la sistematización de la experiencia emocional e histórica, se contribuye a producir formas de entendimiento que impactan en la vida académica y cotidiana. Es importante reforzar que “el sujeto no existe en un no-lugar desde donde construye su perspectiva objetiva, sino desde una o varias posiciones sociales. Al producir conocimiento se produce a sí mismo como sujeto socialmente posicionado, como alguien capaz de producir conocimiento” (Núñez, 2004, p. 26). En este sentido, el varón masculino puede dar cuenta, desde el estudio de su subjetividad, de que la dominación masculina también impacta y produce crisis en la mayoría de los varones.

## REFERENCIAS

- Aguirre, E. (2019). Autoetnografía realizada en México y por mexicanas/mexicanos. En E. Aguirre y J. Mardones (comps.), *Investigación cualitativa en América Latina* (vol. 1, pp. 119-143). Escaparate.
- Alegre-Agís, E., y Fernández-Garrido, S. (2019). Introducción. Cuando la voz tiembla y la disculpa incorporada emerge: etnografías como enfoque metodológico. En E. Alegre-Agís y S. Fernández-Garrido (eds.), *Autoetnografías, cuerpos y emociones. Perspectivas metodológicas en la investigación en salud* (pp. 17-32). Publicacions URV.

- Angrosino, M. (2015). Recontextualización de la observación. En N. Denzin y Y. Lincoln (comps.), *Métodos de recolección y análisis de datos. Manual de investigación cualitativa* (vol. IV, pp. 203-234). Gedisa.
- Bénard, S. (2018). Autoetnografía en la universidad. *Investigación cualitativa*, 3(1), 12-24.
- Berger, P., y Luckmann, T. (2019). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Buenfil, R. (2000). Posmodernidad, globalización y utopías. En R. Buenfil (coord.), *En los márgenes de la educación. México a finales del milenio* (pp. 17-35). Plaza y Valdés.
- Blanco, M. (2010). La autoetnografía como escritura terapéutica: adiós al cigarro. En C. Martínez (comp.), *Por los caminos de la investigación cualitativa. Exploraciones narrativas y reflexiones en el ámbito de la salud* (pp. 18-40). UAM.
- Blanco, M. (2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. *Andamios*, (9), 49-74.
- Bruner, J. (2003). *La fábrica de historias. Derechos, literatura, vida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bruner, J. (2015). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Alianza Editorial.
- Connell, R. (2006). Desarrollo, globalización y masculinidades. En G. Careaga y S. Cruz (coords.), *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía* (pp. 185-210). UNAM/PUEG.
- Connell, R. (2020). Veinte años después y el sur global. En S. Madrid, T. Valdés y R. Celedón (comps.), *Masculinidades en América Latina. Veinte años de estudios y políticas para la igualdad de género* (pp. 37-58). Crea Equidad, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Cruz, J. (2021). Masculinidad contrahegemónica en construcción. Una autoetnografía para futuros posibles en instituciones educativas. En G. García et al. (coords.), *Rostros y huellas de las violencias en América Latina* (pp. 213-220). Porrúa.
- Chang, H. (2008). *Autoethnography as method*. Routledge.
- Chase, S. (2005). Investigación narrativa. En N. Denzin y Y. Lincoln (comps.), *Métodos de recolección y análisis de datos. Manual de investigación cualitativa* (vol. IV, pp. 58-112). Gedisa.
- De Barbieri, T. (1993). Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica. *Debates en Sociología*, (18), 145-169.
- Denzin, N. (2013). Autoetnografía analítica o nuevo deja vú. *Astrolabio*, (11), 207-220.
- Denzin, N. (2015). Haciendo autoetnografía políticamente. *Astrolabio*, 4(41), 224-248.
- Denzin, N. (2017). Autoetnografía interpretativa. *Investigación cualitativa*, 2(1), 81-90.
- Descartes, R. (2016). *Discurso del método*. Edaf.
- Elster, J. (2002). *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*. El Roure/Paidós.
- Ellis, C., Adams, T. E., y Bochner, A. P. (2019). Autoetnografía: un panorama. En S. Bénard (comp. y trad.), *Autoetnografía una metodología cualitativa* (pp. 17-42). Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Foucault, M. (1991). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Paidós Ibérica.
- Freire, P. (1992). *Pedagogía de la esperanza*. Siglo XXI.
- García-Sainz, C. (2002). Modificar las relaciones de poder. *Perspectivas*, (25), 12-17.
- Gómez, M. (2016). Saberes, sujetos y alternativas pedagógicas. Recortes de observación y articulación conceptual. En M. A. Jiménez (coord.), *Investigación educativa. Huellas metodológicas* (vol. 9, pp. 193-218). Juan Pablos Editor.
- Guasch, O. (2019). Prólogo. Autoetnografías, corrección política y subversión. En E. Alegre-Agis y S. Fernández-Garrido (eds.), *Autoetnografías, cuerpos y emociones. Perspectivas metodológicas en la investigación en salud* (pp. 7-13). Publicacions URV.

- Guba, E., y Lincoln, Y. (2012). Controversias paradigmáticas, contradicciones y confluencias emergentes. En N. Denzin y Y. Lincoln (comps.), *Paradigmas y perspectivas en disputa. Manual de investigación cualitativa* (vol. II, pp. 38-79). Gedisa.
- Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Morata.
- Holman, S. (2015). Autoetnografía. En N. Denzin y Y. Lincoln (comps.), *Métodos de recolección y análisis de datos. Manual de investigación cualitativa* (vol. IV, pp. 262-315). Gedisa.
- Iniesta, M., y Feixa, C. (2006). Historias de vida y ciencias sociales. Entrevista a Franco Ferrarotti. *Periferia*, (5), 1-14.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades. Poder y crisis* (pp. 49-61). Isis International/FLACSO.
- Lagarde, M. (2021). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Siglo XXI.
- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Escuela de Antropología e Historia*, 8(7), 2-24.
- Lamas, M. (comp.) (2013). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. Miguel Ángel Porrúa.
- Le Bretón, D. (2021). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión.
- Liotard, F. (2004). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Cátedra.
- Madrid, S., Valdés, T., y Celedón, R. (2020). Introducción: veinte años de estudios y políticas sobre hombres y masculinidades. En S. Madrid, T. Valdés y R. Celedón (comps.), *Masculinidades en América Latina. Veinte años de estudios y políticas para la igualdad de género* (pp. 11-36). Crea Equidad, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Mancera-Valencia, F. (2015). Implicaciones epistemológicas de la masculinidad: sus efectos en la interpretación de la naturaleza. *Cultura Científica y Tecnológica*, (32), 20-27.
- Marqués, J. V. (1997). Varón y patriarcado. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades. Poder y crisis* (pp. 17-30). Isis International/FLACSO.
- Maturana, H. (2007). *La objetividad. Un argumento para obligar*. Dolmen.
- Mills, C. (2005). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica.
- Monetti, E. (2021). Enseñar y aprender en la virtualidad: un relato autoetnográfico sobre el lugar del cuerpo en los nuevos escenarios educativos. *El Cardo*, (17), 26-37.
- Muñoz, H. (2020). La importancia de los estudios de género como soporte al desarrollo de los estudios de masculinidades y el surgimiento de los estudios de masculinidad. En S. Madrid, T. Valdés y R. Celedón (comps.), *Masculinidades en América Latina. Veinte años de estudios y políticas para la igualdad de género* (pp. 85-108). Crea Equidad, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Núñez, G. (2004). Los hombres y el conocimiento. Reflexiones epistemológicas para el estudio de los hombres como sujetos genéricos. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, (16), 13-32.
- Olavarría, J. (2020). Algunas reflexiones sobre los avances y pendientes en los estudios de hombres y masculinidades en América Latina en las últimas dos décadas. En S. Madrid, T. Valdés y R. Celedón (comps.), *Masculinidades en América Latina. Veinte años de estudios y políticas para la igualdad de género* (pp. 59-84). Crea Equidad, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Pacheco, L. (2021). Epistemología y masculinidades. En M. Figueroa y F. González (coords.), *Aportaciones al estudio e intervención de las masculinidades* (pp. 21-39). Universidad Autónoma de Nayarit/Juan Pablos Editor.

- Puiggrós, A. (2004). *De Simón Rodríguez a Paulo Freire. Educación para la integración iberoamericana*. Convenio Andrés Bello.
- Ramírez, J. (2006). ¿Y eso de la masculinidad?: apuntes para una discusión. En G. Careaga y S. Cruz (coords.), *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. UNAM.
- Richardson, L., y Adams, T. (2019). La escritura. Un método de indagación. En S. Bénard (comp. y trad.), *Autoetnografía una metodología cualitativa*. Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Rodríguez, T. (2008). El valor de las emociones para el análisis cultural. *Papers: Revista de Sociología*, (87), 145-159.
- Segato, L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Prometeo.
- Seidler, V. (2000). *La sinrazón masculina*. PUEG/UNAM/Paidós.
- Siciliani, J. (2014). Contar según Jerome Bruner. *Itinerario Educativo*, (63), 31-59.
- Torres, A. (2019). *Pensar epistémico, educación popular e investigación participativa*. Nómada.
- Varela, N. (2021). *Feminismo para principiantes*. Penguin Random House.
- Zalaquett, C. (2012). Ciencia y género: lo legítimo y lo bastardo en epistemología científico-social. *Revista Izquierdas*, (12), 26-51.
- Zemelman, H. (1992). *Los horizontes de la razón. Uso crítico de la teoría I. Dialéctica y apropiación del presente*. Anthropos.

---

Cómo citar este artículo:

Cruz Hernández, J. L. (2022). Autoetnografía con perspectiva de género. Una forma narrativa de producción de conocimiento desde las masculinidades no hegemónicas. *RECIE. Revista Electrónica Científica de Investigación Educativa*, 6, e1700. <https://doi.org/10.33010/recie.v6i0.1700>



Todos los contenidos de RECIE. *Revista Electrónica Científica de Investigación Educativa* se publican bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional, y pueden ser usados gratuitamente para fines no comerciales, dando los créditos a los autores y a la revista, como lo establece la licencia.

---